

CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE
ARTÍCULO 2: LA TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN DIVINA
II LA RELACIÓN ENTRE LA TRADICIÓN Y LA SAGRADA ESCRITURA

Puntos (80-83)

(Monseñor José Ignacio Munilla - Programa 029 / 30-03-2011)

Proseguimos con el comentario del Catecismo a partir del punto 80. Se explica en cuatro puntos la relación entre Tradición y Sagrada Escritura. Paso al punto 81 (luego leemos el 80) que dice:

81 “*La Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo*”.

“*La Tradición recibe la Palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los apóstoles, y la transmite íntegra los sucesores; para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación*”.

En el programa de ayer introdujimos esta cuestión, y dijimos que la revelación tiene dos fuentes según la Constitución *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II, que nos recuerda: “Hemos recibido la revelación de Dios a través de dos caminos que son: la Tradición de la Iglesia y la Sagrada Escritura”.

¿Qué es eso de la Tradición de la Iglesia? Pues decir que antes de que los hechos -ahora vamos a hablar del Nuevo Testamento-, antes de que las palabras de Cristo, antes de que sus testimonios fuesen puestos por escrito, fueron transmitidos oralmente, verbalmente, y no todo lo que dijo Jesucristo, no todos sus testimonios quedaron escritos. Todos obviamente, es imposible. También otros se siguieron transmitiendo por la tradición oral, y no únicamente en sentido cuantitativo (sentido en que parte se han escrito y parte no), sino que ese mismo Espíritu de Cristo queda viviendo, queda presente, queda latente en la comunidad cristiana, dentro de la cual se han escrito los libros.

El primer evangelio, posiblemente vino a escribirse (posiblemente fuese Marcos, aunque hay bastantes discusiones sobre esto, pues los escrituristas tampoco tienen muy claro las cosas porque hay teorías diversas) unos treinta años después de la ascensión de Jesucristo a los Cielos. Es decir, durante unos treinta años los evangelios –por ejemplo el Evangelio de Marcos, que puede ser de los primeros o el primero-, no fueron escritos, o sea que durante treinta años existió una predicación oral, que poco a poco se fue poniendo por escrito.

Posiblemente, una de las primeras cosas en ponerse por escrito sería la Pasión de Jesucristo. Si uno se fija en los relatos de la Pasión de Jesucristo, Pasión y Resurrección, pues claro son mucho más extensos, mucho más detallados, cuentan paso por paso todo lo que ocurrió allí. Mientras que la vida pública de Jesucristo está contada mucho más brevemente, sus milagros, etcétera.

Posiblemente fuera la Pasión la primera parte que fue puesta por escrito, y luego se fueron añadiendo otros manuscritos.

También tengamos en cuenta que entonces no existía la imprenta, y que se podía ir escribiendo por manuscritos, más bien breves, cada uno contando una cosa, y luego fueron recopilándose esos relatos, bien sea por un evangelista, un apóstol, alguien de su escuela que lo escribe recopilando todo ello.

Esta es un poco la historia de cómo se escriben los evangelios, las cartas de Pablo... que es muy importante para caer en cuenta de que la Tradición ha existido antes que la Escritura. Es más, para saber discernir qué es palabra de Dios y qué no es palabra de Dios, y qué es evangelio apócrifo o incluso evangelio herético, es la Tradición la que lo discierne. Es la Iglesia a través de la sucesión apostólica la que dice “este libro sí es conforme al espíritu que hemos recibido de Jesucristo, este libro no es conforme”.

Es la Tradición de la Iglesia la que define el canon de qué libros son inspirados y qué libros no son inspirados. Han habido muchos libros, por ejemplo en los evangelios apócrifos, -los evangelios apócrifos no son necesariamente heréticos- y la Tradición de la Iglesia ha discernido que no son palabras de Dios, no están inspirados por el Espíritu Santo, pues porque están escritos mucho más tardíamente (por ejemplo el evangelio de Tomás) de siglos muy posteriores y por tanto no han recibido una tradición cercana de poner por escrito la tradición oral.

Y no únicamente por el hecho de ser más tardíos los evangelios apócrifos, sino porque también la propia Iglesia discierne que en ellos hay mucho de imaginación popular, o hay mucho de lo que fuere, pero que no está en ellos propiamente el Espíritu del Señor inspirándolos y sosteniéndolos como palabra de verdad y de vida. Algunos de los evangelios apócrifos pueden tener relatos preciosos, pero no son palabra de Dios.

Sobre la existencia de esa Tradición, en el programa anterior algo dijimos, pero vamos a dar una vuelta más porque este tema es importante. Ha podido ser, o es todavía una cuestión en la que hay un matiz importante entre la Iglesia Católica y la iglesia protestante. Mientras que los católicos decimos que la revelación tiene dos fuentes que son la Tradición de la Iglesia y la Sagrada Escritura puesta por escrito, sin embargo los protestantes dicen, -Lutero dice-, que la “sola escritura”, así dice él con la palabra “sola”, es la fuente de la revelación, y añade él que la Escritura tiene que ser libremente interpretada, en una interpretación autónoma. Es decir, yo me pongo delante del libro y el libro es a mí el que tiene que decírmelo; saco la inspiración del Espíritu Santo, yo interpreto el libro.

Los católicos decimos otra cosa. Decimos que la Escritura tiene que ser interpretada en el seno de la Tradición de la Iglesia, en el seno de cómo ha sido recibido ese libro, cómo ha sido interpretado en esos dos mil años. Es desde la Tradición de la Iglesia como entendemos la Palabra de Dios, y es verdad que tenemos que pedir luz al Espíritu Santo, pero la interpretación no es autónoma. De lo contrario tengo el riesgo de hacer de la lectura que hago de la Palabra de Dios, una especie de manipulación... o muchas veces voy a decir que el Espíritu Santo me ha inspirado; no se le puede llamar a mi subjetividad “Espíritu Santo”, porque ese riesgo existe.

El Espíritu Santo inspira, claro que inspira, pero un signo de autenticidad de esa inspiración es que sea confluyente con la Tradición de la Iglesia.

Si resulta que yo le voy a llamar inspiración del Espíritu Santo a mis elucubraciones subjetivas, no puede ser. Este tema es importante. Es importante esa diferenciación entre la concepción católica y la concepción protestante. Es importante para que después veamos cómo procedemos hoy en día también en el seno de la propia Iglesia Católica. Yo creo que existe en amplios sectores, un espíritu protestante de leer la Escritura al margen de la Tradición de la Iglesia, con una libre interpretación, incluso cuando el Magisterio de la Iglesia interviene para hacer una corrección o lo que sea, se encienden las voces de alarma como si la Iglesia estuviese haciendo una injerencia indebida, y como si esto fuese una reedición de la Inquisición... ¿Pero no creemos los católicos que la Tradición ilumina la lectura de la Palabra de Dios? No es solo una buena iluminación, sino que es una clave. Es la clave de la comprensión.

Se dice de los musulmanes, también se dice de los judíos, incluso también podría decirse de los protestantes, dependiendo un poco de la interpretación literal de ese principio de Lutero de “sola escritura”, que son la religión del “Libro” en el sentido de que los musulmanes tienen el libro del Corán, los judíos el Antiguo Testamento, o los protestantes la “sola escritura”, la sola Biblia... Los católicos no tenemos conciencia de ser la religión del “Libro”, sino más bien la religión de la Palabra, porque Dios entregó su Palabra a los profetas. Dios nos habla en Jesucristo en el culmen de la Revelación, pero nos da una palabra, no nos la da escrita. Por eso no nos entendemos como la religión del “Libro”, sino de la “Palabra”. Porque además Cristo dijo a los apóstoles “id y predicad”, no les dijo “id y escribid”.

Es verdad que luego la conveniencia fue que fuesen poniendo por escrito las cosas en la medida que iban muriendo los apóstoles, pero la encomienda de Cristo fue “te encomiendo mi palabra, y te doy el Espíritu Santo para que guardes esta palabra”. Pero no nos entregó un papel, nos entregó una palabra. Por eso nosotros no somos la religión del libro, sino de la palabra de Cristo que es palabra viva, que no está meramente escrita. También está escrita, pero no meramente escrita.

Esto es una cosa que tanto la Iglesia Católica, como la Iglesia Ortodoxa y las Iglesias Orientales lo tienen muy claro. En las Iglesias Orientales este concepto de la tradición está claramente formulado y entendido, tal y como lo entendemos los católicos.

Vamos a examinar algunos pasajes en los que esto se ve claro. Dijimos alguno en los programas anteriores, y más todavía vamos a decir. Por ejemplo, de los doce apóstoles, solo dos apóstoles escribieron los evangelios, que son Mateo y Juan. Los otros dos evangelistas Marcos y Lucas no fueron apóstoles. Si de los doce apóstoles solo dos escribieron, los diez restantes que no escribieron nada (o si escribieron, no lo conservamos) qué pasa, ¿que no respondieron a la llamada de Jesús...? Pues claro que respondieron a la llamada de Jesús los otros diez también. Pero es que Jesús dijo “id y predicad”, no dijo “id y escribid” como he dicho antes.

Digo esto para que nos demos cuenta de que no solo es la palabra escrita la que tiene valor. Por ejemplo en 1 Corintios 11,2 “Os alabo porque en todas las cosas os acordáis de mí, y conserváis las tradiciones tal como os las he transmitido”. Aquí la palabra tradiciones “*parádoxis*”. La alabanza de Pablo a los Corintios. Está hablando de que les ha transmitido unas tradiciones, etc.

Ahora entenderéis por qué la Iglesia cuida con tanto esmero -por poner un ejemplo-, la celebración de la Eucaristía, y nos dice que no podemos hacer de nuestra capa un sayo y que no podemos estar cada uno según su criterio, sensibilidad, etcétera, cambiando caprichosamente la celebración de la Eucaristía. Porque la Eucaristía es como es y en celebrar bien la Eucaristía y no reinventármela, estoy siendo fiel a la Tradición que Cristo ha encomendado a los apóstoles y ellos han ido celebrando siglo tras siglo. Es verdad que la Iglesia de vez en cuando hace reformas en cómo celebrar la Eucaristía, pero son reformas bien pensadas y adaptadas también a las necesidades de cada tiempo, pero fieles a la transmisión sustancial de lo que Cristo nos depositó.

Aquí San Pablo alaba porque han sido fieles en la transmisión, en la *parádoxis* de todo lo que se ha puesto, de todo lo que se les había comunicado. En 2 Tesalonicenses 2, 15 dice: “Así pues hermanos, manteneos firmes y conservad las tradiciones que habéis recibido”. En 1 Corintios 15,5 dice: “Y se apareció a Cefas, y después a los doce”. San Pablo cuenta una aparición que tuvo Jesucristo a Cefas. Pues curiosamente San Pablo aquí nos da un dato del cual ningún evangelista habla, que el Señor también se apareció a Pedro en solitario. ¿De dónde saca Pablo este dato? Obviamente de la Tradición.

Por ejemplo, en ningún evangelio se cuenta que Jesucristo se apareciese a la Virgen María, pero la Tradición de la Iglesia así lo ha creído y así lo ha afirmado. San Ignacio de Loyola dice que los evangelios no narran tal cosa porque entienden que nosotros tenemos también sentido común para entenderlo. Es decir, hay cosas que la Tradición nos ha ido transmitiendo... esta aparición de Cristo a Pedro, o a la Virgen María, que obviamente tendría lugar en un contexto de intimidad entre Jesús y María, sin luz y taquígrafos para entendernos, y María con la discreta que es y que siempre ha sido, lo guardaría en su interior. No todo el mensaje de Jesús ha quedado por escrito. Por ejemplo este caso que he puesto de cómo se aparece a Cefas (a Pedro) y no se había narrado por nadie.

El inicio del Evangelio de San Lucas, “puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la palabra...” Pues “yo voy a ponerlas por escrito” dice San Lucas, este evangelista va a poner por escrito algunas.

-Romanos 6, “Pero gracias a Dios vosotros que erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón aquel modelo de doctrina al que fuisteis entregados”. O sea, “se os ha entregado”.

-1 Corintios 11, “Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido, que el Señor Jesús la noche en que fue entregado, tomo pan...”

-1 Corintios, “Os recuerdo hermanos el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual sois salvados si lo guardáis tal como os lo prediqué”. Dice “tal y como os lo prediqué”, no “tal y como os lo escribí”.

-Gálatas 1, “Como lo tenemos dicho, ahora también lo repito: si alguno os anuncia un evangelio distinto del que os he transmitido, sea anatema, pues os hago saber que el Evangelio anunciado por mí, no es de orden humano, pues yo no lo recibí ni lo aprendí de ningún hombre, sino por la revelación de Jesucristo”.

Podíamos buscar también más textos, pero lo que fundamentalmente ya hemos afirmado, lo que queremos transmitir es la importancia de caer en cuenta de que no somos la religión del Libro, que somos la religión de la Palabra, que el Padre entregó al mundo a su Hijo por nuestra salvación, y le hizo Verbo, Palabra encarnada para que sea y fuese comunicador, y su Iglesia fuese el lugar en el que se ha acogido esa palabra y se convierta en el altavoz para proclamarla ante todo el mundo.

Pasamos al punto 82 que dice:

82 De ahí resulta que la Iglesia, a la cual está confiada la transmisión y la interpretación de la Revelación “no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado. Y así se han de recibir y respetar con el mismo espíritu de devoción” (DV 9).

Es decir, que se han de recibir y de respetar con la misma devoción tanto la Tradición como la Escritura. Las dos. Porque dice que la Iglesia no solo saca de la Escritura. Fundamentalmente la mayoría de la Escritura sí, pero también desde la Tradición saca no únicamente la clave de interpretación de lo que dice la Escritura, sino también incluso determinadas las luces, determinadas condiciones.

Por ejemplo, cuando la Iglesia define que María es Inmaculada, que fue concebida sin mancha de pecado original, se puede preguntar en qué parte de la Biblia dice eso... Pero la Iglesia no ha definido ese dogma porque lo diga en tal versículo.

Es verdad, que por ejemplo cuando dice “Dios te salve María, llena eres de gracia...”, la parte “llena eres de gracia” (*kejaritomene* es la expresión griega), de ella se desprende que si está llena de gracia, entonces no pudo tener lugar en ella el pecado, y la Iglesia deduce desde su Tradición que María desde los primeros siglos fue invocada como “*tota pulchra*”, la criatura elegida por Dios en virtud de que iba a ser Madre de Dios, fue Inmaculada, fue preservada de todo pecado. Aquí la Iglesia ha echado mano no solo de la Escritura, sino de su Tradición para definir que María es Inmaculada.

Lo mismo cuando define que María está Asunta a los Cielos en cuerpo y alma. ¿En qué pasaje del Evangelio dice que María subió a los cielos? No, en el Evangelio eso no se cuenta. Pero también es verdad que hay una serie de tradiciones que narraron la ascensión de María a los Cielos, y por ejemplo uno va a Jerusalén y allí tiene la iglesia de la Dormición de María, y después de eso bajando al torrente Cedrón allí se conserva la iglesia de la tumba de María, en la que fue depositada y desde la que ascendió a los Cielos.

Es decir, que existen también tradiciones y no me refiero únicamente a las arqueológicas, sino también a las tradiciones teológicas, desde las cuales se interpreta la Escritura, o sea que la Iglesia no solo ha sacado de la Escritura, sino también de la Tradición su fe, y así lo ha proclamado.

Nos remontamos al punto 80 anterior que habíamos dejado sin comentar y dice:

80 La Tradición y la Sagrada Escritura “están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin” (DV 9). Una y otra hacen presente y fecundo en la Iglesia el misterio de Cristo que ha prometido estar con los suyos “para siempre hasta el fin del mundo” (Mt 28,20)

Hasta ahora hemos explicado cómo hay dos fuentes de la revelación: Tradición y Escritura y que las dos tienen que ser recibidas y acogidas. Y en este punto, el Catecismo dice que no interpretemos como dos canales que son independientes entre ellos. No, independientes entre ellos no son. Están íntimamente unidos y compenetrados, y uno ilumina al otro.

¿En qué sentido uno ilumina al otro? La Escritura, la palabra puesta por escrito, da testimonio de cómo existe una tradición, porque la propia Escritura -como estos pasajes que he leído hace un rato-, habla de la transmisión por la Tradición, “sé fiel a la Tradición de la Iglesia”, y la propia Escritura da testimonio de cómo Jesús no fue el que mandó escribir, sino Jesús fue el que mandó transmitir, por eso hay una Tradición, porque se ha transmitido.

La palabra escrita da testimonio de la Tradición y la Tradición es la que garantiza que este evangelio, que esta carta de Pablo, que esta carta apostólica... son Palabra de Dios. Y me reconozco en ellas, me reconozco en esa tradición, que este libro de evangelio es palabra de Dios, y este otro no es. Es la Tradición de la Iglesia la que ha definido el canon, la que ha dicho cuántos libros son Palabra de Dios y cuántos libros no son Palabra de Dios.

No se trata de dos caminos, de dos fuentes inconexas, no, están íntimamente unidas y compenetradas. La una ilumina a la otra, y la otra hace lo propio. Las dos vienen de la misma fuente que es Dios Padre revelado en Cristo, y se funden, y tienden a un mismo fin, que es el amor que se comunica, Dios que nos habla, que entra en conversación con su esposa la Iglesia.

Es impresionante ver como Cristo está en conversación con nosotros. Lo hace por la Tradición, lo hace por la Escritura. Dice el punto: “una y otra hacen presente y fecundo en la Iglesia el misterio de Cristo”. Es así. La predicación de la Iglesia es fecunda cuando nos basamos en la Tradición y en la Escritura. Como vayamos con teorías propias, como vayamos queriendo transmitir las propias ideologías, puede parecer más “guay” –con perdón de la palabra- en un primer momento, que alguien coja y se ponga a explicar no sé qué cosas, que se las saca de sus ideologías, o casi siempre seguro que afirmará lo políticamente correcto... pero eso no es fecundo, lo que es fecundo no es lo que es palabra propia. Nosotros no nos predicamos a nosotros mismos, sino que estamos para predicar la Palabra de Dios, para transmitirla y aunque en un momento puede parecer –equivocadamente- que va a ser más fecundo, va a ser mejor acogida, si yo predico lo que la gente quiere oír, y predico lo políticamente correcto, y lo que recibe aplausos en el momento presente y parece que vas a tener más éxito... pero eso no es fecundo. Porque nadie necesita de la Iglesia para oír lo que se oye en todos los lados. Para eso no me hace falta ser cristiano, pongo la televisión y ya, y con eso tengo suficiente. Aquí dice el Catecismo que lo que es fecundo, es la predicación de la Iglesia cuando está basada en la Tradición y en la Palabra de Cristo.

Continuamos con el punto 83 y así damos por concluido el apartado que se titula “la relación entre la Tradición y la Sagrada Escritura”. El punto 83 tiene como título “Tradición apostólica y tradiciones eclesiales”, una distinción interesante como vais a ver.

83 La tradición de que hablamos aquí es la que viene de los apóstoles y transmite lo que éstos recibieron de las enseñanzas y del ejemplo de Jesús y lo que aprendieron por el Espíritu Santo. En efecto, la primera generación de cristianos no tenía aún un Nuevo Testamento escrito, y el Nuevo Testamento mismo atestigua el proceso de la Tradición viva.

Es preciso distinguir de ella las “tradiciones” teológicas, disciplinares, litúrgicas o devocionales nacidas en el transcurso del tiempo en las Iglesias locales. Estas constituyen formas particulares en las que la gran Tradición recibe expresiones adaptadas a los diversos lugares y a las diversas épocas. Sólo a la luz de la gran Tradición aquéllas pueden ser mantenidas, modificadas o también abandonadas bajo la guía del Magisterio de la Iglesia.

Interesante, porque aquí dice que hay que distinguir entre Tradición con mayúscula y tradiciones con minúscula. Es frecuente que confundamos las dos cosas. La Tradición con mayúscula es ese depósito de la fe que Cristo encomendó a sus apóstoles, y que por la sucesión apostólica se ha ido transmitiendo esa encomienda de custodiar la fe que se nos transmitió.

Las tradiciones con minúscula es otra cosa. Son las formas concretas, circunstanciales, que en un sitio o en otro sitio distinto se han ido expresando según la cultura popular, cómo se vive la Tradición con mayúscula, de qué manera se expresan, de qué manera se expresan en las devociones populares, en la disciplina de la Iglesia, etcétera.

Las tradiciones son importantes porque vamos a ser claros, la Tradición, el depósito de la fe si no tiene expresiones concretas, es demasiado etéreo. La Tradición con mayúscula se expresa en tradiciones concretas. Tiene una forma por ejemplo en los cantos, y en determinadas tradiciones en cómo vivimos el mes de mayo, en que si el mes del Rosario... Muchas tradiciones que guardan, expresan la gran Tradición, que es la Tradición de la transmisión del depósito de la fe.

Lo que aquí también se dice es que las tradiciones son importantes, tenemos que amarlas, pero no apegarnos a ellas. A lo que tenemos que estar apegados es a la Tradición con mayúscula y a la Escritura, a la Sagrada Escritura. Pero no tenemos que estar apegados a las tradiciones, porque aunque son hermosas, pueden cambiar. Las tradiciones pueden, y de hecho van cambiando.

Igual a alguno le sorprende muchísimo y se pregunta cómo el Papa ha podido cambiar el Rosario... “Si antes había los misterios gozosos, los dolorosos, y los gloriosos... pero ¿cómo se le ha ocurrido al Papa Juan Pablo II incluir los misterios luminosos...?” Pues porque el Rosario no forma parte de la Tradición.

El Rosario ha surgido hace unos siglos, pero es que la Iglesia tiene dos mil años, y puede ir teniendo una evolución para adaptarse, para tener una expresión más completa del Evangelio. O por ejemplo, ¿cómo al Papa se le ocurrió hacer un Viacrucis nuevo? Estamos acostumbrados a las estaciones de siempre, y luego también pues al Papa Juan Pablo II se le ocurrió que se podía hacer una división de las estaciones distinta, más rica bíblicamente, que incluyese distintos episodios, porque las catorce estaciones del Vía Crucis están elegidas hace poco tiempo o sea que no forman parte de la Tradición con mayúscula, sino que es tradición con minúscula.

En resumen, las tradiciones hay que amarlas, pero no hay que apegarse a ellas. A veces suele ocurrir que en nuestras comunidades cristianas suelen ocurrir conflictos “gordos” por motivo de conservar tradiciones que al obispo le ha parecido prudente cambiar o al párroco... Por ejemplo, “es que siempre se ha hecho la procesión en el mes de mayo, se ha hecho con el rosario de la aurora y unida a la novena, y ahora han cambiado y la novena le han puesto a la tarde, o en la novena han convertido...” En fin, cosas de estas... y algunos se ponen demasiado nerviosos y dicen: “nos han cambiado la tradición, nos están haciendo perder la fe...” Bueno, vamos a ir más despacio porque no es lo mismo la Tradición que las tradiciones. No es lo mismo. Y no quiere decir que haya que despreciar las tradiciones. No, no hay que despreciarlas, porque desde luego las tradiciones se necesitan. La fe crea cultura, la fe crea también formas concretas de expresión, y desde luego cuando somos demasiado iconoclastas en el sentido de que “fuera imágenes” y “fuera tradiciones, fuera procesiones y fuera todo...” Mal asunto.

Pero tampoco caigamos en el extremo contrario de apegarnos a todo. Yo suelo decir que no hay que confundir ser “amante de la tradición”, con ser “conservador”. Alguna vez que me han preguntado “¿Usted es conservador?”, yo he respondido: “No. Yo soy tradicionalista, más que conservador, que es un poco distinto”. Sé que todas las palabras se pueden interpretar y se les pueden dar sentidos diversos, pero yo me identifico mucho más con la palabra “Tradición”, “tradicionalista”, que con la palabra “conservador”, porque generalmente cuando uno es conservador, lo que suele conservar son las costumbres de los últimos años. Uno puede decir: “Es que esto ha sido así desde siempre...” Sí, desde siempre desde que tú te acuerdas, que tienes sesenta años, pero es que el cristianismo tiene dos mil años.

Los conservadores tienden a conservar lo que ellos han conocido los últimos años, los años anteriores, pero el amante de la Tradición, que es tradicionalista, tiene una capacidad de volver a los orígenes de la Iglesia, y ver cuál ha sido lo sustancial, la fe firme, el depósito de la fe que ha permanecido a lo largo de dos mil años, incluso con tradiciones distintas.

La Tradición con mayúscula, a lo largo de dos mil años ha tenido expresiones distintas, pero la Tradición era la misma. Pero bueno, esto no forma parte del Catecismo, es una especie de intuición personal que comparto con vosotros, que a mí me ha gustado decir cuando preguntan si soy conservador. Porque en el fondo, cuando te hacen esa pregunta están queriendo proyectar una pregunta de índole político: ¿es usted de derechas... es usted de izquierdas...? E intentan proyectarnos en nosotros, en la vida de la Iglesia unos esquemas que son ajenos a nosotros.

No me hable usted de conservador-progresista, no me hable usted de derecha, de izquierda, que en el fondo usted está proyectando un esquema que tiene por otro lado un par de siglos, desde el tiempo de la Revolución Francesa, etc. y poco más.

Es un esquema ajeno a nosotros. Más que conservador o progresista, nosotros tenemos que ser amantes de la Tradición, pero con mayúscula. Amando también las tradiciones con minúscula, pero sin apegarnos a ellas. Porque curiosamente en nuestras comunidades ocurre, que cuando absolutizamos lo relativo, luego solemos relativizar lo absoluto, y no es un juego de palabras, sino que cuando uno “monta un lío” excesivo por una cuestión de tradiciones pequeñas, (“porque la procesión siempre ha salido de la plaza no sé qué, y que no nos cambien...”), a ver si resulta que estamos perdiendo la paz por esa historia, (“porque es que encima de la capa siempre se ha llevado no sé qué...”).

A ver si resulta que estamos colando un mosquito, y al mismo tiempo que estoy yo peleando por esa cuestión de un paño, igual yo estoy después diciendo tonterías porque en una charla se ha dicho que la Virgen no es virgen, y no entro yo a defender eso con fuerza, o resulta que no le estoy dando importancia al vivir en gracia de Dios, o me he acostumbrado y me voy a vivir con mi novia...

Vamos a ver, que también la experiencia nos va diciendo que a veces dogmatizamos lo relativo, y relativizamos lo dogmático. Y entonces se produce una inversión de valores, que -yo creo que es importante decir- tenemos que ser más que conservadores, tenemos que ser amantes de la Tradición, y amantes de la Escritura, y amantes del Magisterio. Que no es exactamente lo mismo que la conservación de las tradiciones. Pero también digamos que es el Magisterio el que tiene que ir discerniendo qué tradiciones -con minúscula- son las apropiadas para cada tiempo, tiene que ir las manteniendo, modificando, o si tiene que derogar alguna, pues la deroga. Que también eso puede ser. De cómo hacer ayuno, cómo hacer esto, cómo hacer lo otro...

Y también las tradiciones con minúscula no suelen ser las mismas en todos en todos los lugares. Eso también es así. Porque por ejemplo, a mí me impresionó que cuando estuvimos en la Jornada Mundial de la Juventud en Sydney (Australia) y ha pasado a ser parte de la jornada que se suele hacer un Via Crucis para todos los jóvenes, me llamó la atención el hecho de que el Via Crucis era absolutamente desconocido en aquella tradición. En la Iglesia australiana, los jóvenes australianos no conocían lo que es un Via Crucis y es una tradición más nuestra.

Pero también es verdad que en este mundo tan globalizado, aunque existen -fruto de la inculturación- tradiciones distintas, la Tradición con mayúscula es la misma, tanto en China, en Sydney, o en Madrid. Las tradiciones pueden ser distintas, pero nos podemos enriquecer entre nosotros. Con las tradiciones también nos enriquecemos, viendo como también en el desarrollo de la vida de la Iglesia, ha habido mucha fecundidad, y mucha diversidad en las tradiciones que han ido confluyendo en nuestra cultura católica. Lo dejamos aquí.